

---

### RESEÑAS DE LIBROS

---

**Nelson Manrique. Yawar Mayu. Sociedades terratenientes serranas: 1879-1910, Instituto Francés de Estudios Andinos, DESCO, 1988, 201 pp.**

El libro que comentamos constituye probablemente la culminación de un ciclo de investigaciones que, en torno al impacto de la Guerra del Pacífico sobre la economía y sociedad peruana, ha venido realizando Nelson Manrique en los últimos diez años. Es, por lo tanto, una obra tributaria de sus trabajos anteriores sobre la cuestión nacional y el comportamiento del campesinado<sup>1</sup>. Pero, al mismo tiempo, es un libro que amplía sus anteriores exploraciones sobre el tema al incorporar en el análisis no sólo el estudio de lo acontecido en la sierra sur del Perú, sino también las hondas repercusiones sociales y económicas ocurridas durante las tres décadas que siguieron a la infausta Guerra de 1879. Más aún, asistimos a un cambio de perspectiva en la que el autor privilegia el análisis del comportamiento de los terratenientes serranos en relación con el campesinado indígena, relación que es examinada a la luz de “las oposiciones étnicas y clasistas al interior de las sociedades terratenientes serranas de fines del siglo XIX” (p. 19).

La proposición metodológica que se encuentra detrás de esta aproximación consiste en reconocer que en circunstancias

de profundas crisis sociales, en este caso una guerra, los conflictos entre clases y grupos hacen su aparición abiertamente en el escenario histórico polarizando y acelerando confrontaciones que, en tiempos de relativa calma y estabilidad sociales, se encuentran encubiertos y reprimidos. De ahí que estos períodos resulten para el científico social “laboratorios” privilegiados de observación acerca de cómo se comportan las sociedades en contextos de crisis. Comportamientos que, en sociedades tan complejas como la peruana, suponen patrones diferenciados no siempre homogéneos y generalizables a todo el espacio nacional. Es por esta razón que, como bien lo reitera Manrique, surge como una imposición de la propia realidad la necesidad de asumir una perspectiva de análisis que recupere las singularidades de cada región del país.

A lo largo de los cuatro capítulos en que está organizada la exposición, Manrique reconstruye la historia política y social de la época recurriendo a fuentes novedosas usualmente olvidadas por la historiografía tradicional: los informes de Sub Prefectos, Gobernadores, Tenientes Gobernadores, los archivos de Notarios y de Municipalidades, entre otra abundante documentación inédita, aproximan al lector a la vida cotidiana de los indígenas en su relación con las autoridades políticas locales, brindando una nueva imagen del cruento itine-

rario que tuvo la guerra en la sierra peruana. Definitivamente, uno de los principales méritos del libro es haber revalorizado estas fuentes de información directa, que deberían dar lugar a posteriores indagaciones que complementen los hallazgos empíricos ofrecidos por el autor.

Establecidos estos aspectos generales del libro, pasemos a examinar brevemente algunos de los temas a nuestro juicio más importantes que atraviesan el conjunto de capítulos. Oportunamente, aprovecharemos para hacer algunas observaciones que la lectura del libro nos ha suscitado<sup>2</sup>. No obstante, debemos indicar previamente que dichos capítulos se asemejan a ensayos relativamente independientes unos de otros y que pueden ser leídos con cierta autonomía. Esta característica hace que, por momentos, el lector sienta que la estructura argumental del trabajo privilegia la aproximación monográfica en desmedro de una trama expositiva más compacta y orgánicamente elaborada.

Uno de los temas de particular interés gira alrededor de los conflictos étnicos y clasistas en la Sierra Central durante la Guerra con Chile. Como es conocido, la Sierra Central, luego de la derrota de Miraflores, se convirtió en el cruento escenario de la Guerra pero también en el territorio en que, pese a las sucesivas invasiones por parte del ejército chileno, Cáceres organizó la llamada Campaña de la Resistencia o Campaña de la Breña entre abril de 1881 y julio de 1884. ¿Cómo pudo Cáceres concitar una adhesión tan incondicional de los indígenas no obstante estar ya definido el fatal desenlace de la Guerra para los peruanos? De hecho, el liderazgo carismático de Cáceres —quien procedía de una familia terrateniente de Huamanga— se apoyó en el profundo conocimiento que éste tenía del mundo andino, de su idiosincracia y del quechua, que hablaba a la perfección. El autor sugiere que la relación paternalista que entabló Cáceres con los indígenas hizo surgir una especial devoción hacia su persona que lo transformó en el idolatrado *tayta*,

por quien bien valía la pena entregar la vida (p. 49).

Para la economía de los terratenientes de la zona, el impacto de la guerra fue nefasto: los rescates pagados para evitar que sus propiedades fueran incendiadas, la aparición de usureros, la alteración del régimen laboral por el enrolamiento de los indígenas para la formación de los ejércitos de Cáceres, la quiebra del comercio intra e interregional, la requisita de acémilas y la sequía de los dos años anteriores, significaron un brusco choque para el proceso de modernización y concentración territorial que las familias terratenientes habían iniciado. Sin embargo, el problema no se reducía a una mera quiebra y pérdida de sus respectivos patrimonios: la Guerra significaba para estas familias poner en peligro su existencia misma como clase, ya que la destrucción de los mecanismos de dominación terrateniente sobre el campesinado indígena supuso la movilización de los indígenas y la invasión de sus haciendas.

Este cuadro ha sido la base para que autores como Henri Favre y Heraclio Bonilla, en particular el primero, hayan sostenido que el colaboracionismo terrateniente fue producto del miedo producido por la movilización armada de los indígenas. Sin embargo y con razón, Manrique desmiente dicha tesis a partir de una constatación muy simple: la colaboración de los terratenientes blancos fue anterior a la generalizada movilización indígena antiterrateniente. Muy por el contrario, dicha movilización “no sólo no fue la causa del colaboracionismo terrateniente sino que (...) actuó sobre él como un freno, impidiendo su generalización durante dos años” (p. 35). Tampoco es pues exacta la tesis de Bonilla según la cual existió una guerra étnica entre los indígenas contra los blancos en su conjunto. La movilización indígena estuvo más bien dirigida contra un sector específico de los blancos-terratenientes: los que colaboraron con el enemigo. Para decirlo de otra manera, los indígenas-campesinos lograron poner en un segundo plano las contradicciones

étnicas y clasistas que los enfrentaban a los blancos-terratenedores en función del enfrentamiento mayor que debían darse con los extranjeros-chilenos.

Ahora bien, ¿qué era lo que hacía distinta a la sierra central dentro de la región andina? Manrique suscribe la tesis de José María Arguedas según la cual las particularidades más importantes del valle del Mantaro fueron la ausencia de haciendas feudales y, correlativamente, la existencia de comunidades formadas por campesinos libres. Estos pequeños propietarios eran, por consiguiente, una "base firme" para formar fuerzas guerrilleras que, en última instancia, veían afectados directamente sus intereses. Es esta situación, asociada a la ausencia de servidumbre y a la relativa tranquilidad social previa a la guerra, la que explica la transitoria alianza pluriclasista entre terratenientes e indígenas. Sin embargo, como bien lo recuerda el autor, la menor distancia clasista entre campesinos y terratenientes no produjo un mayor contacto étnico y cultural entre indios y blancos, a diferencia de lo que ocurrió en la sierra sur como veremos de inmediato.

Pese a su cercanía a Chile, el Sur Andino no fue afectado sino indirectamente por la Guerra a través de los cupos, erogaciones y levas de indígenas. No hubo, por tanto, una modificación sustantiva de las tendencias históricas en curso de la preguerra. Por el contrario, el proceso de expansión de los latifundios serranos a costa de los campesinos indígenas se acentuó en forma decisiva: el caso de José Cupertino Teves es a este respecto bastante ilustrativo. A diferencia de la Sierra Central, en el Sur Andino sí existieron haciendas feudales que determinaron una mayor separación clasista entre terratenientes e indígenas. Sin embargo, desde el punto de vista étnico y cultural, el gamonal se encontraba ideológicamente menos lejano al mundo y a la vida cotidiana de los indígenas, lo cual no impidió que su condición empeorara durante la guerra como consecuencia del sostenimiento que, en dinero, ganado y víveres, tuvo que ha-

cer de las tropas movilizadas, cuando no fueron ellos mismos movilizadas. Según Manrique, ello obedece a que la correlación de fuerzas en ambas regiones era completamente diferente: mientras que en el Sur Andino los ingresos para el sostenimiento de las tropas se obtuvo mediante la contribución personal pagada por los indígenas, en la Sierra Central el peso material de la resistencia tuvo que ser asumido por la clase dominante, ya que Cáceres eximió de dicho pago a los guerrilleros y les condonó las deudas atrasadas por dicho concepto (p. 100).

Pero la importancia de esta región y en particular de Arequipa radicó en que, en el período entre setiembre de 1882 y octubre de 1883, dicha ciudad se convirtió en el centro de las decisiones políticas claves de la Guerra. ¿Por qué las fuerzas militares acantonadas en Arequipa no dispararon un solo tiro cuando, a fines de 1883, el ejército chileno tomó la ciudad y encontró como fácil botín de guerra 5000 nuevos fusiles? En realidad, esta actitud de la "ciudad caudillo" no puede ser entendida sino a la luz de las luchas políticas intestinas que desataron pequeñas pasiones subalternas entre los diferentes caudillos militares y entre civilistas y demócratas. La renuncia de Lizardo Montero para proporcionar ayuda militar a Cáceres queda pues explicada, según lo sugiere el autor, por el temor del primero a encumbrar políticamente la figura del segundo ensombreciendo la propia.

Por último, debemos hacer mención de la hipótesis central del libro según la cual "lo característico del período abierto con la derrota del Perú en la guerra con Chile es la presencia hegemónica de la clase terrateniente serrana en el bloque en el poder" (p. 138). Según Manrique, la victoria de Cáceres sólo puede ser explicada por la debilidad de la burguesía mercantil limeña, que, habiendo perdido el control del negocio del guano en la década de 1860, tuvo que ceder espacio político a los terratenientes serranos que, por intermedio del *segundo militarismo*, controlaron el Estado entre

1884 y 1895. Pero ¿fueron realmente una clase social estos terratenientes? ¿Es suficiente identificar la filiación socioeconómica del personal político que se encaramó en las instituciones estatales para extraer de ahí la conclusión de su hegemonía como clase en el bloque en el poder? Todo parece indicar que antes de hacer una generalización de esta naturaleza es preciso ahondar en investigaciones más específicas que proporcionen evidencias decisivas y menos controvertibles sobre este tema.

Una reflexión análoga podría hacerse a la crítica de Manrique en torno al modelo teórico del *triángulo sin base* que circuló con particular éxito en el ambiente de las Ciencias Sociales en la década del 70. Según dicho modelo, la fuente que en última instancia permitía la reproducción del dominio terrateniente radicaba en la falta de comunicación entre los propios campesinos, a quienes el patrón mantenía fragmentados, y que requerían del hacendado para establecer relaciones más allá de los linderos de sus haciendas. Para el autor, por el contrario, *el triángulo siempre estuvo cerrado en la base* ya que de otra manera no se podrían explicar los intercambios de prestaciones en trabajo y bienes que desde siempre habían tenido los feudatarios de las haciendas tradicionales con los campesinos de las comunidades y que incluso resultaban funcionalés a los intereses del hacendado. Manrique olvida que todo modelo es una estilización de la realidad de la que recoge sólo sus rasgos más relevantes, sus causalidades más fuertes. Por consiguiente, es incorrecto exigir que un esquema teórico dé cuenta de todas y cada una de las múltiples relaciones específicas en las que se apoya la abstracción de orden más general y englobante que se pretende modelizar. En cualquier caso, resulta prematuro desahuciar en forma definitiva el modelo teórico del *triángulo sin base* a partir de una observación atinada que no constituye una alternativa sino más bien un complemento.

En suma, sólo restaría pedirle a Nelson Manrique que nos siga entregando el

fruto de sus laboriosos esfuerzos de investigación con la misma seriedad por el oficio de historiador con que lo ha venido haciendo durante todos estos años.

Felipe Portocarrero S.

#### NOTAS

- (1) Manrique, Nelson. *Campesinado y Nación: las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*, Coed. Centro de Investigación y Capacitación-Editora Ital Perú S.A., Lima, 1981; *Colonialismo y pobreza campesina, Caylloma y el valle del Colca. Siglos XVI-XX*, DESCO, Lima, 1985; *Mercado interno y región. La sierra central 1820-1930*, DESCO, Lima, 1987.
- (2) Algunas de las observaciones aquí vertidas han sido tomadas de los comentarios que hicieron Y. Saint Gours, Federico Velarde, Gonzalo Portocarrero, Alberto Flores Galindo y Rodrigo Montoya en la presentación que se hizo del libro de Nelson Manrique que se hizo del libro de Nelson Manrique en el Instituto Francés de Estudios Andinos.

Arturo Chávez, Manuel Morón, Jesús Ruitón, Carlos Vildoso. *El agro costeño: modalidades empresariales asociativas*. CEDEP. Lima, 1988, 137 pp.

#### Presentación

Con el título "El agro costeño: modalidades empresariales asociativas" y una indicación en la solapa señalando que pertenece a la serie AVANCES CEDEP, esta institución acaba de publicar un libro en el que nos ofrece, principalmente, los resultados de una encuesta de opinión sobre aspectos internos (organizativos y económicos) del régimen cooperativo, a miembros de Cooperativas Agrarias de Trabajadores (CAT) y de Usuarios (CAU) en seis valles de la costa entre Lambayeque e Ica, aplicada en julio de 1986.<sup>1</sup>

#### Carácter del texto

Se trata de la primera elaboración de los resultados; es un avance de investiga-